

(pues se le conoce bajo estos dos nombres) es bastante común en la provincia de Argel, única que he explorado.

Habita, con preferencia, á orillas del mar, ó cerca de las corrientes de agua, y en las regiones en que el invierno es menos riguroso. Rara vez se le encuentra en las montañas cubiertas de nieve.

La gran pantera pesa de 200 á 400 libras.

La pantera de África sorprende á su presa á traición y emboscada, y dando terribles saltos; pero rara vez veréis correr á aquel felino.

Los saltos de la pantera son tan prodigiosos, que le he visto cruzar rápidamente, sin tocar al suelo, distancias de 12 metros.

El ojo de la pantera es grande, redondo, ardiente y luminoso. Por rápidos que sean los movimientos de aquella alimaña, no puede trepar por los árboles.

Las garras de la pantera, sobre todo de las patas traseras, son formidables. Á la edad de cuatro años la pantera ha adquirido ya mucho desarrollo. Su caza favorita son los jabalíes. Cuando alcanza los ocho ó diez años, ha logrado su pleno desarrollo. No le bastan ya los jabalíes, sino que ataca á las vacas, caballos, bueyes y camellos.

La pantera, cuando no se ve acosada y perseguida, no ataca al hombre que pasa fuera de su alcance. Pero cuando algo se mueve á corta distancia, hombre ó lo que sea, la pantera adulta, impulsada por un movimiento irreflexivo, se lanza sobre su presa.

La pantera es muy delicada en su alimentación y desdeña los animales muertos, y sacia su voracidad con carne caliente y sanguinolenta.

La ferocidad de la pantera africana sube al punto de que caza otros animales, no sólo por el placer de devorarlos, sino para destrozarlos.

En todos los países por donde vaga el leopardo se le hace una guerra sin cuartel. En los países abruptos y salvajes del interior del África, los indígenas, armados toscamente, han de rivalizar con las fieras en artificio y astucia. Las lanzas y flechas que figuran en nuestros museos arqueológicos son, por punto general, pobres armas en el momento supremo en que una fiera se lanza con ímpetu y furia sobre el hombre. Un buen fusil, armado con bala cónica y explosible; un pulso y mirada certeros; son las armas poderosas con que el valeroso cazador puede luchar con ventaja con los felinos del desierto.»

Le Vaillant⁽¹⁾ describe con cierto humorismo una

(1) *Premier voyage dans l'intérieur de l'Afrique*; tomo I, pág. 560.

de las cazas de la pantera en que jugó el principalísimo papel. Durante su estancia en Saldanha, en casa de su amigo Slaber, un colono, apellidado Smit, se dirigió á Le Vaillant, suplicándole libertase la comarca de una terrible pantera que causaba grandes destrozos en el ganado.

«Consentí,—dice;—y al alvorear, al frente de diez y ocho cazadores, y seguidos de una buena jauría, enderezamos nuestros pasos hacia el sitio por donde vagaba la pantera.

El país, algo desprovisto de vegetación, sólo mostraba, aquí y allá, alguno que otro espesísimo matorral. Registramos cuidadosamente el terreno, cuando, después de una hora, dimos con un carnero medio devorado por la pantera.

Una vez hallada la pista del leopardo, era indudable que daríamos con él; y, en efecto, algunos instantes después, los perros empezaron á ladrar furiosamente, dirigiéndose hacia un espeso matorral que se hallaba á nuestra derecha.

Salté yo del caballo, entregando las riendas á un hotentote; y, dirigiéndome á mi vez hacia el matorral, me paré en un montículo situado á unos cincuenta pasos. Mis compañeros me siguieron, pero no tardé en notar que su ánimo no se hallaba muy tranquilo ni sereno.

Los indígenas me habían advertido que, si cuando el felino estuviese cerca gritaba *jsaa! jsaa!*, se revolvería furioso contra mí. Aproveché el aviso, y alboroté los ecos con los gritos de *jsaa! jsaa!*; pero, durante mucho tiempo, en balde; porque los perros, situados, sin avanzar, en los linderos del matorral, y el leopardo ó pantera sin salir, se amedrentaban, sin duda, mutuamente.

Al fin vi salir á la fiera,—añade Le Vaillant,—y su aparición súbita hizo volver grupas á mis compañeros, quedándome sólo con mi criado, forzudo indígena hotentote.

La pantera, acosada por la jauría, no hizo más que salir de un matorral para refugiarse en otro, y á su paso disparé dos tiros.

El matorral en que se había refugiado la pantera era menos espeso que el anterior. Los rastros de sangre que el felino dejó al paso me indicaron que le había herido; y el furor con que los perros redoblaron los ladridos me confirmaron que la fiera no estaba lejos.

Algunos de mis compañeros, repuestos del susto y animados por la fuga cobarde de la pantera, se reunieron de nuevo conmigo.

Dimos una batida á los matorrales donde estaba el



Leopardo vencido por un antilope

felino; pero en balde disparamos treinta ó cuarenta tiros, pues la fiera no apareció.

Monté de nuevo á caballo; y, mientras la jauría penetraba entre los abrojos para perseguir y acosar á la pantera, yo di rápidamente la vuelta para cortar toda retirada á la fiera.

En efecto: apenas llegué al extremo opuesto, vi á la pantera peleando bravamente con la jauría. Hermoso espectáculo era contemplar á una docena de perros semiferos, acosando al felino, que, armado de poderosas garras, suelto y ágil, saltaba prodigiosamente, luchando con sus enemigos. El campo estaba sembrado ya de cadáveres, y era tiempo de terminar. Apunté friamente á la espaldilla de la pantera, y disparé. El resultado fué rápido: el animal rodó inerte por el suelo.

En el interior de Africa pocos son los cazadores que van á la caza del leopardo sin ir seguidos de perros.

Algunos cazadores indígenas arrollan en uno de sus brazos tupidas pieles, y arman su mano de acerado y largo puñal. Cuando ha fallado el tiro, ó la flecha ha herido sólo al felino, entonces se entabla una lucha cuerpo á cuerpo, y el indígena tiende á la fiera su brazo, defendido por pieles. Mientras la pantera clava sus garras en el brazo del cazador, éste hunde el puñal en el corazón de la pantera.

Un *cheik* me refería, un día, que en los alrededores de su villorrio abundaban los leopardos, y que los indígenas les provocaban á la lucha gritando, con toda la fuerza de sus pulmones: *nimmr!*

Durante su larga estancia en el país de los *bogos*, el P. Filippini de Mensa cazó numerosas panteras por medio del lazo.

En Keeren, verdadera capital del país de los *bogos*, la misión católica ha fundado un establecimiento. Al igual que los habitantes de estas montañas, los misioneros tienen, para proveer á su sustento, algunas cabezas de ganado, que encierran, todas las noches, en un pequeño establo.

Era una noche en que caía una lluvia torrencial. El venerable P. Filippini, acostado y recogido en una misera cabaña vecina al establo, oyó, en él, grande alboroto y balidos de terror, exhalados por las ovejas.

Llamó el Padre, precipitadamente, á su criado, diestro cazador, que no tardó en enviar una certera bala al leopardo que, en efecto, se había introducido en el establo.

Pero es tal la abundancia de los leopardos en algunos puntos de Africa, que los indígenas los cazan por medio de cebos y trampas. El mismo P. Filippini

cazó más de veinte leopardos por medio de unas ratoneras colosales y un buen cebo.

II

Nuestros lectores saborearán, sin duda, con placer, algunas de las narraciones de Bombonnel.

Bombonnel refiere que, tras veintiuna noches de fatigoso acecho, pudo matar la primera pantera en 26 de febrero de 1853 en Kouba.

Dice un adagio francés que el primer paso es el difícil; y nuestro cazador de panteras lo acreditó, pues son notorias sus proezas en Argel matando fieras, y señaladamente grandes leopardos.

En el mismo año 1853, una pantera causaba grandes destrozos en los alrededores de un molino situado á unos 15 kilómetros de Argel.

«Era en el mes de julio; y, á despecho del calor,—dice Bombonnel,—enderecé mis pasos hácia el sitio por donde vagaba aquella alimaña, provisto de una cabra. En balde pasé algunas noches en acecho, pues los chacaes y un tiempo desapacible y tempestuoso hicieron inútiles mis esfuerzos.

El día 14 de agosto,—sigue Bombonnel,—hallábame tranquilamente reposando en mi casa, cuando entró bruscamente un árabe, y me dijo:

—Señor Bombonnel, apresuraos: la pantera ha estrangulado mi vaca en la selva de Bab-Allí.

Al oír esta noticia, corrí alborozado á equiparme y vestirme. Acababa ya, cuando, penetrando en la habitación, mi mujer me recordó que el día siguiente era la fiesta de la Asunción.

—Bombonnel, amigo mío: os ruego no salgáis á cazar en semejante día.

—Está bien, esposa,—contesté yo;—lo dejaré para otro día.

Y, dejando á un lado el fusil, dije al árabe que un negocio de grande importancia, y que había olvidado, me privaba en aquel día de acompañarle; pero que acudiría en breve á libertarle de la pantera.

Dos horas después hallé otros dos árabes en la calle de Bab-el-Oued, que me buscaban por idéntico motivo.

—No puede ser; lo siento mucho,—les dije.

Pero, como insistieran, añadí al fin:

—Mañana se celebra una gran fiesta de nuestra religión. Dios nos ha dado días para trabajar, y otros para el reposo y servirle y reverenciarle. Es necesario, pues,



Caza de la pantera. (Según un croquis del teniente Gingembre.)